

«Creer en la escritura» Michel de Certeau, una poética de lo cotidiano

Mireille Cifali***

INTRODUCCIÓN

Antes que nada

Deseo agradecer a las personas que han hecho posible esta conferencia en esta sala.

Agradezco al CLAEH (Centro Latinoamericano de Economía Humana), en la persona del decano de la Facultad de la Cultura, doctor José Rilla y en la persona de Ana Zavala, coordinadora de la Maestría en Didáctica. Ana Zavala fue quien me invitó y me pidió que hablara sobre Michel de Certeau. Como profesora de Historia y formadora de profesores de Historia es una de quienes lo han hecho conocer en Uruguay. Ella acaba de publicar un libro hermoso, *Mi clase de historia bajo la lupa. Por un abordaje clínico de la práctica de la enseñanza de la historia*,¹ en el cual Michel de Certeau es quien, entre otros, la autoriza a pensar la transmisión de la historia como una disciplina escolar. Agradezco a la Biblioteca Nacional, que ha ofrecido esta sala, en la que estamos, a la Embajada Suiza en Uruguay, en la persona de su embajador Hans-Ruedi Bortis, a la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay (APHU) y, finalmente, les agradezco a ustedes, presentes en esta sala. Es la primera

* Historiadora y psicoanalista. Estudió Artes en la historia de Francia y Filosofía en la Universidad de Neuchâtel. Se doctoró en Educación en la Universidad de Ginebra, bajo la dirección de Michel de Certeau <www.mireillecifali.ch>.

** Conferencia en Montevideo, 30 de marzo de 2012, en la sala Julio Castro de la Biblioteca Nacional, ofrecida en el marco de las actividades académicas de la Maestría en Didáctica de la Historia de la Facultad de la Cultura del CLAEH. Traducción de Ana Zavala y Patricia Roche.

1 Montevideo: Trilce, 2012.

conferencia, creo, que se ofrece bajo la autoridad de Julio Castro, periodista y docente de reconocida trayectoria cuyos restos han sido encontrados recientemente. Luego de haber sido torturado, fue muerto probablemente de un balazo en la cabeza el 3 de agosto de 1977.

Que una suiza pueda establecer la relación entre algunas de estas *bellas personas* hoy ausentes, con otras que no olvidan y que le han dado a esta sala el nombre de Julio Castro para que permanezca vivo el recuerdo de los dolores sufridos por los seres humanos en lugares y países diferentes, yo diría que es hacer honor a una de las mejores tradiciones de mi país.

Un título

Cuando fue necesario adoptar un título para esta conferencia elegí el de «Crear en la escritura», tomado de un texto de Michel de Certeau.² Esto culmina el trabajo llevado a cabo durante toda esta semana con los estudiantes de la Maestría en Didáctica de la Historia del CLAEH, acerca de la escritura, acerca de su relación con la escritura, acerca de la escritura en su oficio, sobre el oficio de transmisión de la historia. A lo largo de los días, otros temas se nos han presentado, y en unos momentos mencionaré algunos.

Una conferencia escrita

He optado por escribir esta conferencia para que pudiera ser traducida, aún si con ello perdemos el poder de la oralidad. Agradezco infinitamente a Ana Zavala y a Patricia Roche por esta traducción y por su atenta presencia a mi lado durante mi estadía en Montevideo.

En la emisión dedicada a Fray Luis de León, preparada por el novelista y poeta chileno Luis Mizón,³ Michel de Certeau definía el acto de traducción como «el don de la hospitalidad que una lengua da a otra para que —más allá de las fronteras— sea posible una reunión, un encuentro entre una palabra inspirada y la multitud».⁴

2 Michel de Certeau: *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*, México: Universidad Iberoamericana, 2003.

3 *France Culture*, 20 de marzo de 1986.

4 Luis Mizón: «L'élégance de l'être», en Michel de Certeau, número especial de *Cahiers pour un temps*, Centre Georges Pompidou, 1987: «Fray Luis, jeté en prison par l'Inquisition pour avoir traduit le *Cantique des Cantiques*, mais resté homme libre dans son esprit, et reprenant au sortir de la geôle son cours sur cette simple phrase, désormais célèbre «*Deciamos ayer*, nous disions donc hier [...]», p. 47.

Presentarme

He enseñado a lo largo de unos treinta años en la sección Ciencias de la Educación de la Universidad de Ginebra. Nací en una ciudad de montaña, La Chaux-de-Fonds. Realicé estudios de letras (francés, historia y filosofía) en la Universidad de Neuchâtel. Luego hice estudios en ciencias de la educación en Ginebra. Mi área de enseñanza y de investigación son las dimensiones relacionales y afectivas de los oficios de lo humano, es decir, por un lado los sentimientos que animan las relaciones humanas y profesionales volviéndolas o bien constructivas o bien destructivas, o ambas a la vez.

Psicoanalista (sin sillón ni diván) e historiadora, he tenido la oportunidad de enseñar y estar con estudiantes con quienes he podido pensar sus gestos cotidianos. En una universidad dedicada a la ciencia, he transmitido la importancia de la literatura para comprender los asuntos humanos. Siguiendo a Michel de Certeau, he dado lugar al relato, a la narración en la escritura y la comprensión de los gestos profesionales. Mis referencias son por cierto psicoanalíticas, pero también psicosociológicas, filosóficas, éticas y literarias.

¿Cómo fue que me encontré con Michel de Certeau? Él vino a Ginebra en 1977-78 para enseñar en la sección de Ciencias de la Educación, y le pedí que fuera mi director de tesis. Una tesis que defendí en 1979 bajo el título de «Elementos para una tarea psicoanalítica en el campo educativo». Tengo que decirles que Michel de Certeau no es un autor del cual yo sea una especialista. Fue un hombre que ha sido —y lo sigue siendo— muy importante en mi vida. Me enseñó lo esencial de mi posición como enseñante y aun como ser humano en relación a nuestra historia y nuestro presente.

Por lo tanto hablar de él es casi como hablarles de mi intimidad, de ese encuentro al cual no dejo nunca de volver. Muchas cosas me separaban de él, su creencia en Dios y mi duda; su saber inmenso y mi ignorancia. Y aun así, hoy en día continúo volviendo a sus textos. No me considero sin embargo su discípula. Esto no funcionaba así con Michel de Certeau. Su escritura, su pensamiento, no lo permiten.

Elegí darles largos extractos de sus textos, ya que en ellos podemos escuchar su voz, y es eso lo que importa.

Cómo organicé esta conferencia

Antes de explicar el tema de mi conferencia, tengo necesidad de contarles algunos encuentros que le han dado forma. Con Michel de Certeau, evidentemente, pero también con Silvia Baron Supervielle, Juan Gelman, Carlos Liscano, Horacio Quiroga, Edmundo Gómez Mango...

Permítanme volver un poco más atrás en el tiempo. Cuando Ana Zavala me invitó, nos encontramos en la Brasserie Terminus Nord en París el 10 de febrero de 2011. Yo dudé en hacer este largo viaje. Habiéndome retirado el 1.º de octubre de 2010, tenía presente la edad de mis padres, que continuaban viviendo en La Chaux-de-Fonds.

Mi padre murió en junio de 2010 a la edad de 96 años, y mi madre falleció el 1.º de octubre de 2011 a los 92 años. Había hecho cursos acerca de la presencia de la muerte en la enseñanza o en la salud, pero para mí fue una alteración completa, en cuerpo y alma. Tuve que renunciar a las primeras fechas que pensamos con Ana para mi venida (setiembre de 2011). La fatiga me impedía pensar en venir.

En diciembre de 2011, en el diario *Le Monde*, leí un gran artículo acerca de Silvia Barón Supervielle, que vive en París desde 1961 y acaba de escribir una novela en francés, *Le pont international*, en la cual el Uruguay es mencionado en la memoria de un anciano, Antonio Haedo.

Así empieza esta novela.

Antonio Haedo es un señor mayor ahora. Es por eso que ya es tiempo de que dé testimonio, que diga las cosas tal como él las ve. Que hable de lo que lleva como en el aire. No sabría decirlo exactamente: esto gira en torno al Uruguay de su juventud y especialmente de Fray Bentos, donde pasaba sus veranos con su familia. Teniendo un puerto, la ciudad acogía barcos de gran tamaño en la ribera izquierda del río Uruguay, que separa al Uruguay de Argentina.

Más que un recuerdo es un sentimiento que él experimenta; es más explícito cuando recorre fotografías, relee libros, ve las corrientes de agua desaparecer detrás de las ventanillas de un tren. También percibe otros paisajes, otras escenas, otros rostros. Antonio no está seguro de querer volver, pero el sentimiento lo acompaña, aun cuando no lo demuestra para nada. Desde hace tiempo escucha un sonido, una luz que surgiría de las fotos, de los objetos, de los libros. Pero lo que él espera, y lo sabe, ya ocurrió. Tiene vida gracias a este sentimiento que lo habita y lo exonera del tiempo. Cuando cree que se ha disipado, lo reencuentra al rozar con los ojos el misterio de las cosas.⁵

Leí este libro, magnífico, sobre la memoria y sus indecisiones. Fue mi primer contacto con su país, a través de una exiliada argentina escribiendo en francés para evocar sus sensaciones infantiles en el Uruguay.

Luego fueron dos emisiones en France Culture, de Sophie Nauleau, sobre la poesía. *¿Con qué rima esto?* (22 y 29 de enero), acerca de Juan Gelman y de su traductor Jacques Ancet. Compré *L'opération d'amour. Citas y comentarios*⁶ y luego *Carta abierta*, seguida de *Bajo la lluvia ajena*.⁷ Escuchar esa voz leer esos poemas me conmovió. Podía tejer lazos entre el historiador de la mística que es Michel de Certeau, y Juan Gelman que se apoya en el idioma de los místicos españoles (en particular San Juan de la Cruz y Santa Teresa de

5 París: Gallimard, 2011, p. 11.

6 París: Gallimard, 2006.

7 París: Caractères, 2011.

Ávila), chocando con los límites del lenguaje, transformándolo para que el poema exprese lo indecible, el dolor de la pérdida, del exilio, de la ausencia.

Tuve necesidad de estos lazos, y el de Ana, para poder decir *sí* a este viaje a fines de enero de este año. Queda por decir que, estando en París el 1.º de marzo último, fui como de costumbre a la librería La Compagnie, que queda cerca de La Sorbona, y pregunté si existían autores uruguayos traducidos al francés. La vendedora me indicó a Carlos Liscano,⁸ Edmundo Gómez Mango⁹ (psicoanalista uruguayo radicado en París), y Horacio Quiroga.¹⁰ Salí de allí con muchos libros. En el tren que me llevaba a Ginebra comencé a leer de inmediato *El furgón de los locos*, de Carlos Liscano. Y luego *El lector inconstante*, seguido de *El cuervo blanco*, luego en los ómnibus y en los trenes suizos leía *El escritor y el otro*.

No pude descubrir autores uruguayos no traducidos al francés, cuyos nombres no menciono aquí y sin embargo deberían haber estado presentes a través de sus obras. Me disculpo y asumo la torpeza de mis pasos hacia vuestra cultura.

Es por lo tanto respaldada por la obra de Michel de Certeau y por la de estos autores leídos recientemente que he elegido realizar esta conferencia, teniendo confianza en este encuentro intersubjetivo que no tiene otra razón que el azar de mis horas. Son estos lazos literarios los que me hacen sentir más cerca de ustedes, aun cuando soy extranjera, en la imposibilidad de hablar su lengua, que intenté aprender en mi adolescencia, pero luego olvidé.

Para concluir esta introducción, leeré un poema, sin título, de Jules Supervielle:

Viajero, viajero, acepta el retorno,
 No hay más lugar en ti para nuevos rostros
 Tu sueño modelado por demasiados paisajes,
 Déjalo descansar en su nuevo contorno.
 Huye del horizonte ruidoso que siempre te reclama
 Para escuchar finalmente tu rumor vivo
 Que guarda ahora de sus arcos de verdor
 La palmera que se inclina a las fuentes de tu alma.¹¹

8 Carlos Liscano: *Le fourgon des fous*, 10/18, 2006 (*El furgón de los locos*); *Le lecteur inconstant suivi Vie du corbeau blanc*, Belfond, 2011 (*Vida del cuervo blanco*); *L'écrivain et l'autre*, 10/18, 2011 (*El escritor y el otro*).

9 Edmundo Gómez Mango: *Un muet dans la langue*, Gallimard, 2009; *La mort de l'enfant*, Gallimard, 2003.

10 Horacio Quiroga: *Contes d'amour de folie et de mort*, Métailié, 2000. (*Cuentos de amor, de locura y de muerte*).

11 Jules Supervielle: *Gravitations*, Poésie/Gallimard, 1966, p. 52.

Estructura de la conferencia

Primero hablaré de Michel de Certeau desde lo vivo de un encuentro («Un caminante»). Luego hablaré de este «creer en la escritura» («La fuerza del poema»), y a continuación cómo esa «ciencia mística» de los siglos XVI y XVII continua interpelando a nuestro presente («La experiencia mística»). Finalmente hablaré acerca de su posición contra la tiranía («Contra la tiranía»), para terminar con algunos ecos que he percibido en algunas obras de vuestros novelistas y poetas que pude leer en francés (*Ecos*).

UN CAMINANTE

Al hablar de Michel de Certeau a menudo se lo designa como un caminante errante, como un viajero. François Dosse ha titulado su importante obra publicada por La Découverte: *Michel de Certeau, el caminante herido*.¹² Ha sido Francis Affergan¹³ quien por otra parte designa a ciertos antropólogos como *caminantes errantes*, amantes del detalle, que no dudan en caminar sin cesar, mirar, tratando de escribir lo que resulta siempre sorprendente. A la búsqueda de un movimiento, de una ola, nunca enquistada en una apariencia, siempre en busca de un lugar de ausencia, portador infatigable de un «creer», a Michel de Certeau le gustaba estar en el borde, jamás en el centro de la atención. ¿Posición epistemológica? Sí, uniendo la ética del investigador a la del hombre en su presente.

En su obra *L'art de marcher*, Rebeca Solnit lo considera como uno de los «grandes teóricos del caminar». ¹⁴ Así hablaba de él:

Soy solamente un viajero. No solamente porque he viajado a través de la literatura mística (y este tipo de viaje me hace modesto), pero también porque habiendo realizado, en nombre de la historia o de investigaciones antropológicas algunos peregrinajes a través del mundo, he aprendido en medio de tantas voces que yo podía ser un singular entre muchos otros, contando solamente algunos itinerarios a través la experiencia espiritual trazados en tantos países diferentes, pasados y presentes.¹⁵

Michel de Certeau nació el 17 de mayo de 1925 en Cambéry y murió en París el 9 de enero de 1986. Entre sus obras principales nombraremos: *La toma de la palabra, El extranjero o la unión de la diferencia, La posesión de Loudun, El ausente de la historia,*

12 François Dosse: *El caminante herido*, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

13 Francis Affergan: *La pluralité des mondes. Vers une autre anthropologie*, Albin Michel, 1997, p. 248.

14 Acte sud, 2002.

15 Michel de Certeau: «L'expérience spirituelle», en *L'étranger ou l'union de la différence*, ediciones de 1991 y 2005.

La cultura en plural, La escritura de la historia, La invención de lo cotidiano, La fábula mística, además de unas publicaciones póstumas: *Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción, La debilidad de creer, El lugar del otro, Historia religiosa y mística*.¹⁶

Viajero en América del Sur, docente que no encontró un lugar para enseñar en Francia más que muy tardíamente, Michel de Certeau pasó por Ginebra y por San Diego, para volver a la Escuela de Altos Estudios de París poco antes de morir. Cuando le preguntaban por su identidad profesional, respondía que era «historiador, pero más precisamente historiador de la espiritualidad».¹⁷ Luce Giard, que publicó junto a él *La invención de lo cotidiano*, habla de su posición en la ciencia en un hermoso artículo que escribió poco después de su muerte, en una obra que coordinó y a la que me referiré a menudo:

Se decía que con una habilidad «diabólica», se volvió inclasificable: historiador, antropólogo, lingüista, teólogo, filósofo, epistemólogo, místico, ningún predicado lo definía totalmente y tampoco hubo seguidores. Era todo a la vez, pero de otra manera, ya que estas cuestiones atravesaban el campo de las disciplinas y no se plegaba a las normas de los recortes tradicionales. De esta forma, el inscribía en lo real un proyecto muy antiguo, que viene de la infancia, cuando, ahogándose en la sociedad inmóvil de una ciudad de provincia antes de la guerra, él había deseado violentamente «no estar», no estar encerrado en la pertenencia a un lugar, uno propio, un grupo social, una tradición. Desde entonces él había comenzado *el viaje interior*, más tarde exteriorizado, para volverse «un extranjero en su casa, un “salvaje” en medio de la cultura ordinaria» (*Invención de lo cotidiano*, t. 1, «Artes de hacer», pp. 52-53), transformando el «llamado misionero» de la infancia en una práctica misteriosa de la *separación* («dar un paso al costado», decía él) y del tránsito, para sustraerse a la «lógica de lo limpio», itinerante a través de los lugares, los saberes, las instituciones y las culturas, pero siempre competente, atento, informado, riguroso, preciso, capaz de hacer funcionar perfectamente el método y las coherencias de un lugar propio sin dejarse identificar con él.¹⁸

16 *La prise de parole*, [Desclée de Brouwer, 1968], Seuil, «Points essais», 1994; *L'Étranger ou l'union de la différence*, [Desclée de Brouwer, 1969], Seuil, 2005; *La possession de Loudun*, [Julliard, 1970], Gallimard, «Folio histoire», 2005; *L'absent de l'histoire*, Mame, 1973; *La culture au pluriel*, [Bourgeois, 1974], 2.^a ed., 1980; *L'écriture de l'histoire*, [Gallimard, 1975], «Folio histoire», 2002; *L'invention du quotidien*, 1. *Arts de faire*, 2. *Habiter, cuisiner*, [UGE, 1980], Gallimard, «Folio histoire», 1990-1994; *La Fable mystique*, [Gallimard, 1982], «Tel», 1987; *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, Gallimard, «Folio Essais», 1987; *La faiblesse de croire*, Seuil, 1987; *Le lieu de l'autre. Histoire religieuse et mystique*, Gallimard, Le Seuil, 2005. Estas obras cuentan con numerosas traducciones, las últimas en chino y en coreano.

17 Luce Giard: «Le style particulier de l'historien», Introduction, en *Le lieu de l'autre*, o. cit., p. 7.

18 Michel de Certeau, número especial de *Cahiers pour un temps*, o. cit., pp. 32-33.

«Una pasión por la alteridad»

Todos los que lo conocieron recuerdan la manera en que los acogía. Todos han tratado de expresar lo que este encuentro ha significado para ellos, esta hospitalidad que era tan propia de él.

He elegido, entre muchos textos posibles, las palabras de Luis Mizón, bajo el título de *La elegancia del ser*:

En él, en medio de sus libros, de sus muebles simples, en la atmósfera luminosa y aireada de su apartamento, Michel de Certeau establecía en seguida con nosotros una relación de igualdad, casi voluntariamente dirigida contra todo espíritu jerárquico. Ni su cultura ni su rigor intelectual aparecían como un poder empático, inaccesible a los otros, y no era tampoco un poder tácito. Esto se parecía más bien a una crítica violenta en el fondo, ligera y teñida de humor en su forma, con respecto a este mundo de engaños y de fantasmas. Afirmación de una personalidad independiente, demostración quizás de que la humildad y el pudor son también formas de esta sublevación natural y necesaria contra todo lo que es, en el sentido amplio de la palabra *tiranía*.

Uno se sentía bien en su compañía, uno saboreaba esta hospitalidad, se sorprendía en descubrir una relación auténtica. Marcando de esta manera su distancia con respecto al poder, él abría un espacio al reconocimiento del otro, y se implicaba él mismo, con su delicadeza y sin reserva. Su manera de vivir dejaba traslucir algo más que una ética intelectual: era una elegancia del ser, una prueba de libertad, esta libertad luminosa que llama y atrae a sus cómplices a través del tiempo y del espacio.¹⁹

Un encuentro

Yo también tuve la suerte de encontrarlo.²⁰ Michel de Certeau fue mi director de tesis, yo lo acompañé en un marco académico entre Ginebra y París. Ese trabajo con él fue lo que significó más para mí. Michel de Certeau me autorizó por cierto a realizar una tesis, y a su manera me acompañó. Pero en ese tiempo que pasé esporádicamente con él, «adquirí» —para mi manera de enseñar y de comprender— una ética, una postura respecto de la investigación, una seriedad en la risa, y también la confirmación de mi gusto por la escritura. Aprendí de él sin que lo supiera, hasta el momento de su muerte. Es decir que estoy muy ligada a ese hombre, me reconozco en deuda con él y trato de reducirla cada día.

19 En *Michel de Certeau, Cahiers pour un temps*, o. cit. p. 45.

20 A este respecto véanse mis dos textos: «Adresse à Michel de Certeau», en *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, n.º 7, Ginebra, 1987, pp. 269-284; «Psychanalyse et écriture de l'histoire», en *Espaces Temps les cahiers*, n.º 80/81, Michel de Certeau, *histoire/psychanalyse. Mises à l'épreuve*, 2002, pp. 147-155.

Nunca quiso ser maestro. No fundó una escuela. Privilegió un lugar en el que lo que le importaba era permitir a los otros, a mí misma, desarrollar su pensamiento, su camino. Una generosidad que no podía dejar a nadie indiferente. Así como en su escritura, llevaba siempre consigo su pasión por la alteridad. Aún hoy en día atrae a los que no pudieron conocerlo, pero que pueden leerlo. Hay en su escritura una voz que se destaca y que produce efecto.

Hablando de cuando se encontraron, Jacques Derrida decía de él: «Si la memoria aquí no debiera habitar más que en una sola palabra, y que debiera parecerse, esto sería quizás *sí*».²¹

Un *sí* que sabe decir *no*: no a la tiranía, no a la tortura, no a los efectos perversos y destructores del poder. Un *sí* que abre.

Recuerdo que iba a Square d'Allery, donde él vivía en París, para hablar de mi tesis. Me recibía a mí, que venía de Ginebra, estudiante curiosa y un poco frondosa. Yo me sentaba. Teníamos fragmentos de conversaciones. Yo le decía dónde estaba, y me alentaba a continuar, afirmaba que estaba bien. Salfa a la plaza, aturdida por las historias que me había contado, las pocas referencias suplementarias que debía buscar, pero sobre todo con un sentimiento de libertad en mi escritura y en mi proyecto. Ya no me acuerdo de lo que decía exactamente, pero era algo así como: «Es tu tesis, tu objeto, tu manera de llevarla adelante», y que no pensaba intervenir a ese respecto. También me repetía: «Está bien». No tenía la costumbre de escuchar este tipo de afirmaciones. Crecí más bien con otros estímulos, con un padre que raramente encontraba que yo hacía bien las cosas, y que estimaba que me desempeñaba mal. Esta confianza que él me daba, autorizaba ciertamente los riesgos que corría y la elaboración de mi proyecto.

En la defensa de mi tesis, en diciembre de 1979, comenzó diciendo: «Tú sabes», cuando en realidad suponía que yo lo ignoraba. No, yo no lo sabía, pero esto importa poco. Hasta el final, nunca dejé de medir mi inexperiencia cuando lo encontraba, pero jamás la suma de su saber me humilló ni tampoco me despreció. Siempre usaba discretamente su saber para permitir la construcción del mío. A la torpeza de mi pensamiento reaccionaba diciendo que era algo «interesante». Usaba mucho este adjetivo. A veces me molestaba la reiteración de su uso, y perdía un poco su impacto. Terminé por sonreírme. Sin embargo, la generosidad de su lenguaje me permitía irme y continuar confrontándome con las palabras y las ideas. Me persuadía, sin decirlo, de que, a pesar de las dificultades, no fallaría: estaba respaldada de alguna manera en el espacio de autorización que me concedía.

No podría minimizar el aporte de sus preguntas, de sus sugerencias, de sus observaciones de fondo, que provenían de la fineza de su pensamiento, de la agudeza de su juicio, con la única finalidad de conservar su estilo de *ser* en el saber. Es cierto que su concepción de la historia, su manera de encarar el tema, de dar vida a las prácticas de lo

21 «Nombre de Oúi», en *Michel de Certeau, Cahiers pour un temps*, o. cit. p. 192.

cotidiano tanto como al lenguaje de los místicos, su obstinación política para dar cuenta de los poderes, han influido en mi tarea como en la de muchos investigadores en ciencias humanas. Siempre trató, sin embargo, de desbaratar las trampas de una identificación fácil, y casi no alentaba el esplendor de una fascinación que debilita. Esta distancia, que no se puede enseñar, él la preservó: era su manera de atravesar nuestras ignorancias. Puedo traer a colación el término *porteur*, como el que habilita a pasar por esos lugares del saber que no disoció jamás de una vida en la cual se actualiza la ética de un sujeto, con sus exigencias y sus batallas.

Recordando su manera de acoger, Luce Giard escribió:

Entonces se vuelve muy neto el recuerdo de una intensidad, un impulso hacia el otro. La vivacidad que animaba el movimiento del cuerpo que se tornaba hacia la persona que llegaba, la sorpresa feliz iluminaba la mirada, la sonrisa. Esta forma singular golpeaba desde el primer encuentro, ella tocaba el corazón, forma extraña de «festejar» y «dar lugar» a lo que sucedía. El desconocido que está de paso y el amigo de toda la vida recibían la misma acogida, calurosa, abierta: Michel de Certeau se volvía hacia el recién llegado, lo interrogaba, lo escuchaba con total atención, como si algo esencial fuera a jugarse en el instante de este encuentro, de todo encuentro, tan fugitivo o convencional como fuera, como si el interlocutor fuera, sin saberlo, el portador largo tiempo esperado, de un mensaje decisivo. Como si cada palabra intercambiada trajera misteriosamente el eslabón de sentido buscado vanamente hasta ese momento, dándole forma y verdad a todo el resto.

En esta actitud, en la cual inmediatamente la relación con el otro se anudaba de una forma particular, no había nada de sobreactuado, ni de afectado [...]. Esto tenía el color de la aurora, figura de comienzo y de la fuerza de una experiencia originaria. Se desplegaba una necesidad poética y filosófica: un surgir asombrado, una capacidad de asombro y de alegrarse a la vez, de *que hubiera otro*, de que otros existan, en el ofrecimiento de un mundo inagotable, que pudiera existir indefinidamente el ser, lo múltiple y lo diferente, en un mundo donde se entrecruzan y se suceden un semillero de seres y de diferencias.²²

Hablar de él, en lo vívido de su vida de hombre, no significa aquí hacer una *biografía* —eso no le hubiera interesado, incluso he habría molestado—, sino más bien entender en qué y por qué un humano puede contar para otros humanos. Fue una referencia para muchos. Es de esperar que la cadena se continúe: algunos humanos contarán en su lugar para otros, tanto sean niños en su desarrollo, adultos trabajando en una sociedad, seres vulnerables. Un encuentro en la generosidad y en la pasión de la alteridad. Eso tiene que ver con cada uno de nosotros, y más particularmente con los que ejercen los «oficios de la relación»: allí donde uno crece y aprende, allí donde uno se cura y el otro muere.

22 Luce Giard: «La passion de l'altérité», en Michel de Certeau, *Cahiers pour un temps*, p. 18.

LA FUERZA DEL POEMA

Uno de los capítulos de su obra *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*, se titula: «Creer en la escritura». Hablando de Schiller, Michel de Certeau pone en tensión «el poema y/o la institución». He aquí el pasaje:

Quizás aun mejor que el *Griechenlands* de Schiller, un texto inacabado de Mallarmé, poema escrito sobre el tema «Casarse con la noción», podría especificar el primer [mecanismo de creer]:

Y es necesario que nada de eso exista para que lo abrace
y que yo pueda creer totalmente en él
Nada-nada

Mallarmé se sitúa en la misma línea que Schiller. Pero él enfoca con precisión lo que anuda la escritura a la «nada»: un creer. [...] El poema es la huella escrita de ese creer: es necesario que no haya nada para que pueda creer en ella; es necesario que «nada subsista» de la cosa para entrar en el juego, o que se escriba. Recíprocamente, el poema hace creer porque no hay nada. [...] Nos manda a ese algo que ninguna realidad sostiene. A ese algo que ya no pertenece al ser. La creencia es así el movimiento nacido y creador de un vacío. Es un comienzo. Un punto de partida. Si el poema no está «autorizado», él autoriza otro espacio, él es la nada de este espacio. Deja libre su posibilidad en lo sumamente pleno de lo que se impone. Gesto a la vez estético y ético (la diferencia entre las dos no es tan grande, pues la estética solo es en el fondo el manifestarse o la forma de la ética en el campo del lenguaje). Rechaza la autoridad del hecho. No se funda en el hecho. Transgrede la convención social que quiere que lo «real» sea la ley. Le opone solamente su propia nada-atópica, revolucionaria, «poética».²³

Michel de Certeau introduce la fuerza del poema en la escritura de la ciencia y de las prácticas cotidianas, respaldado por su frecuentación del lenguaje de los místicos. El novelista y poeta chileno Luis Mizón, al evocar sus encuentros con Michel de Certeau, escribe:

Quando vuelvo al recuerdo de nuestras conversaciones, vuelvo a esa idea de que, para el poeta, la libertad tiene siempre un lugar central. Me parece que Michel de Certeau lo había comprendido desde su interior. Aún si niego todo vínculo con el político, místico o no, hace en su experiencia poética también una experiencia política, pues sus textos rompen con el orden establecido. Imagina, inventa por adelantado modos de vida en los cuales la libertad estaría presente. Su libertad poética es ya libertad

23 Michel de Certeau: *Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción*, pp. 57-58. La cita de Mallarmé proviene del texto citado por Jean-Pierre Richard: «Mallarmé et le rien d'après un fragment inédit», en *Revue d'histoire littéraire de la France*, t. LXIV, 1964, pp. 633-644.

política, de ahí sus ambiguas relaciones con los poderes. Así también, aunque lo trascienda, una parte de ella misma, la determinación histórica, la poesía permanece intrínsecamente ligada a la historia. El terreno que ha elegido es el movimiento confuso de lo vivo, ahí donde están su espada, su experiencia y su lenguaje singular. Ni racional, ni social, ni verificable en sus dichos, el rango poético no es reductible a una dimensión única del ser humano. Porque el poema dice primer una manera de ser libre, su fuerza quiebra todas las facetas del ser, tiene el poder de abrir a cada un espacio de nuevas resonancias.²⁴

Michel de Certeau «lo había comprendido desde dentro», frecuentando los escritos de los místicos, sus poemas dirigidos a un *tú* ausente, en un idioma que busca captar el instante de resplandor, una unión que es siempre volátil. Nos ha legado una *poética del saber*, a la cual yo misma no dejo de volver y de tratar de mantener. Esta *poética* que confronta el saber positivo de la ciencia ha sido retomada por muchos autores, en particular por Jacques Rancière.²⁵ Forzamiento del poema en su libertad frente al poder que da la escritura cuando se hace *culta*. Es desde la radicalidad del poema que Michel de Certeau atiende a la escritura de la ciencia.

La escritura de la ciencia

Él muestra en efecto de qué manera la escritura de la ciencia hiere la oralidad, se constituye en lugar de poder, en campo cerrado, en plaza fuerte. Estaba ligado a la cultura de lo oral, a la palabra, a los desechos del cuerpo, a la temporalidad. Es uno de esos que, muy escasos, han tomado a la escritura en el marco de la ciencia como objeto de su reflexión. Es a esto que está dedicada evidentemente *La escritura de la historia*.²⁶

Estudia el impacto de la escritura y del estilo en la construcción misma del saber, en ese lugar de apropiación del sabio sobre el silencio de los cuerpos de las mujeres, de los niños y de otros desplazados. Muestra que la escritura es un poder en las manos de quienes la poseen. Al convertirse en texto de saber, cree ser la realidad, en tanto que no hace más que reconstruirla, dando una versión que hace pasar por la verdad. Junto a otros autores, Michel de Certeau no cree en una realidad última y definitiva, argumenta a favor de su inevitable reconstrucción. La realidad se cuenta al escribirla. Estamos condenados a las opciones y a la reescritura. La multiplicidad de nuestras reescrituras constituye la tradición: la diversidad de las interpretaciones, nuestra riqueza. Son nuestras

24 En Michel de Certeau, *Cahiers pour un temps*, o. cit., p. 48.

25 *Les Noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, Le Seuil, 1992.

26 *Ibidem*.

reconstrucciones las que tienen fuerza, nuestros saberes son parciales y reemplazables. Los hechos ciertamente existen, pero no hacen jamás una historia. Una historia toma forma a través de las puestas en relación, de los lazos tejidos entre hechos que todo separa. Si nos contentamos con una enumeración de lo que pasó, será a lo más una crónica, o un recuento de informaciones.

Michel de Certeau adelanta que la ficción y el relato son astucias para subvertir este lugar de poder. *Fábula, ficción, relato...* Designa, con términos que rechazan la concepción positivista del saber, la influencia de ese lugar de enunciación sobre lo «real» que se tiene por representado. Reintroduce así la ficción como manera de teorizar las prácticas cotidianas, los gestos de lo cotidiano. Les dio valor de reconocimiento, como Paul Ricœur. Lo que hace nuestra cotidianeidad, nuestro pasar por la ciudad, nuestras astucias para trabajar, es lo esencial. Puso por delante una poética de lo cotidiano, una mirada sobre el detalle, sobre la calidad de un gesto, la belleza de una nube. Es justo esta orientación la que he trabajado mucho con mis estudiantes, profesionales de la enseñanza o de la salud, para que ellos puedan mirar, nombrar, tratar de comprender de qué manera su experiencia contenía una riqueza a transmitir. Es sobre esta línea que nos hemos encontrado con los estudiantes del CLAEH, y que pude tomar contacto con su destacado trabajo de enseñanza, con la calidad de sus reflexiones y de la formación de gran calidad que han recibido.

Michel de Certeau es por lo tanto uno de los primeros entre nuestros contemporáneos en afirmar que la experiencia se escribe en un relato. «Una teoría del relato es indisoluble de una teoría de las prácticas, como su condición al mismo tiempo que su producción»,²⁷ junto con este hermoso pasaje:

En efecto, la historia se cuenta sin cesar, de la mañana a la noche. Privilegia lo que anda mal (el acontecimiento es primero un accidente, una desgracia, una crisis) porque es urgente recoser esos rasgones con un lenguaje que los dote de sentido. Pero recíprocamente las desgracias son inductoras de relatos, autorizan su infatigable producción. No hace mucho lo «real» tenía la figura de un secreto divino que autorizaba la interminable narratividad de su revelación. Hoy en día lo «real» sigue permitiendo relatos indefinidamente, pero tiene la forma del acontecimiento, lejano o extranjero, que sirve de postulado necesario para la producción de nuestros discursos de revelaciones. Ese dios fragmentado no cesa de hablar. Charla.²⁸

En la narratividad se inscribe la teorización de una práctica, y podríamos llegar hasta reconocerle una *legitimidad científica*. Michel de Certeau destacó igualmente, apoyándose en el psicoanálisis, que las pasiones han sido eliminadas de la ciencia para

27 Michel de Certeau: *La invención de lo cotidiano*, vol. 1. «Artes de hacer». México: Universidad Iberoamericana, 2000, p. 99.

28 Michel de Certeau: *Historia y psicoanálisis, Entre ciencia y ficción*, o. cit., p. 7.

transformarse en especialidad literaria. La ficción es ciertamente el modo de restitución de los sentimientos y exige la presencia de quien escribe. No hay nada que *contar* ni que escribir si el portador de la acción no asume su subjetividad y niega el impacto del afecto en su investigación. Es nuestra presencia en el texto, y no nuestra ausencia, la que da a ese escrito su interés y su perennidad. Para escribir la experiencia cotidiana no podemos eliminar los sentimientos que dan luz a nuestros pensamientos tanto como a nuestras acciones. Escribirlos pasa por hacer un relato.

Sin la preocupación por señalar el lugar de la escritura, sino más bien de lo literario, de la ficción del relato en el seno mismo de la investigación científica, su insistencia sobre el sentido de la escritura, y sobre todo su trabajo en torno al corte entre *literatura* y *ciencia* alimentan continuamente la reflexión y la posición de ciertos investigadores del presente. A menudo, en una disciplina de ciencias humanas los textos que sobreviven son los que tienen cierta calidad literaria.

Dolores de escritura

Michel de Certeau ha escrito mucho. Era evidentemente en relación con esto. Para sí mismo, nos dice Luce Giard, su relación con la escritura era dolorosa:

A pesar de las apariencias, escribía «en la contrariedad», como decía; era cierto a pesar de su brío, de su facilidad y de su rapidez para redactar, de la belleza de su estilo, de la abundancia de su producción. Más le importaba un tema, más escribía, corregía, se afanaba en su trabajo, lo tachaba, lo tiraba, lo rehacía, volvía a empezar desde el comienzo y siempre quedaba insatisfecho del resultado publicado con «la impresión desesperante de no haber logrado su objetivo».²⁹

Creo que solo una sola vez habló de su escritura en un texto, un inédito publicado luego de su muerte. Este texto se titula «Escrituras». Fue redactado en 1973 cuando estaba terminando su estudio sobre Jean de Léry. Leo algunos fragmentos de este texto, que me importa muchísimo:

¿Por qué escribir? Para no dejarse morir. Luchar contra la muerte del éxtasis perceptivo. Los primeros textos fueron descripciones de soles o de mares... Fijar, atrapar un asombro furtivo, todo por la actividad solitaria y escrituraria que le sucede. No fue hecho para ser leído, ni releído.

Alguna cosa *diferente* que me pasó, tal vez hace mucho tiempo, y que de alguna manera no podía conservar, tenía al menos que quedar bajo esta forma que la empobrecía y que se me escapaba: lo escrito. Lo que venía después era un «olvido» en relación

29 Luce Giard: «La passion de l'altérité», en Michel de Certeau, *Cahiers pour un temps*, o. cit., p. 30.

con lo cotidiano, pero luego luchaba, bien vanamente, contra otro tipo de olvido, mi incapacidad para quedarme allí o de retener aquello. Lo escrito marcaba pues esta doble ausencia de mí mismo, la que me abría una ventana y la que me impedía quedarme en ella.

Luego, escribir penetrando en el saber: notas, reflexiones, estudios. Escrituras-trabajo. A decir verdad, eran como la puntilla de una deriva. Prácticas de la separación más que de la comprensión, operaciones de investigación más que de organización de un pensamiento, consistían más en *pasar* que en establecer. Una especie de sentimiento inventor y cursivo entre líneas y en los márgenes, se volvía una hermenéutica del otro, pero en busca de lo que producía además el advenimiento innombrable de textos extranjeros y pasajeros. Se trataba de abrazar las palabras para hacer el acto de buscar lo que se está buscando. Gesto de esbozarse un camino, sin tregua.

Finalmente, ¿hacia qué? No lo sé. El trabajo de hurgar en el interior de las frases que se oyen o se ven tenía un resultado, escrito, que suponía que tenía la doble función de mostrar a otros, lectores desconocidos, la pista de un minúsculo exilio que me posibilitaba dar un paso adelante. Abandonar la ruta de estos escritos, efectos de una investigación, era a la vez olvidarlos y avanzar, una cosa permitía la otra. Puede ser que esta escritura, en la cual una ausencia alterante hablaba, dijera mejor que su contenido los rodeos, los frenos, las travesías de un pensamiento asolado por la falta de la presencia (pp. 14-15).

Buscar en un texto —el mío o el de otros, ¿qué más da?— la *perspectiva* según la cual *viene* o *se va*, es escribir. Trabajo atento de encontrar el sesgo por el cual algo se escapa o se acerca, trabajo de descubrir el eje del movimiento (¿*literario* o *real*?, es lo mismo) que separa y restituye lo que no puede ser dicho de otra manera: eso es lo que me seduce al instante en un texto, que yo comience a leer o a escribir, y que va a contar el trabajo itinerante de *hacer* un texto.

Cuando sigo con el dedo esta falla organizadora, sé que quedo atrapado en la alterancia de la ilusión y del reconocimiento. Pero esta ambivalencia de una alienación temida y esperada, nunca será definitivamente superada, aún «las últimas palabras que habrás escrito», tú —¿quién eres?—, único y múltiple, a quien dedico continuamente este trabajo.³⁰

Sus textos a veces no se dejan leer fácilmente. Escritura perforada, siempre señalando más lo que falta que lo que está, escritura-movimiento hacia lo que no lo alcanza, desafía los territorios cerrados, los abusos, encontrando la hendidura para dejar pasar una mirada tierna.

30 Michel de Certeau: «Écritures», en *Michel de Certeau, Cahiers pour un temps*, o. cit., pp. 13-15.

LA EXPERIENCIA MÍSTICA

Michel de Certeau se definía como un historiador de la espiritualidad. Sus principales obras están destinadas a esa temática. No puedo abordar aquí la singularidad del trabajo de historiador que llevó adelante toda su vida. Replanteó los lazos que la *ciencia mística* mantuvo con la historia, en particular en su constitución en los siglos XVI y XVII. Tejió lazos entre mística y psicoanálisis, sin caer en la trampa de psicoanalizar la mística.

A este respecto escribió:

Podríamos por otra parte descubrir un horizonte de encuentro entre el psicoanálisis y la mística que sería justamente, aun si puede parecer paradójico, una poética, pero la poética de una ética. Pues la experiencia mística se constituye a través de una relación con el deseo de lo imposible, teniendo fundamentalmente por lenguaje una expresión poética, un discurso instaurador de efectos que no están legitimados ni por las pruebas ni por una realidad de referencia. Es allí que encontramos la *fábula*, redefiniéndola como esta poética de una ética.³¹

Sería la poética la que liga la mística con el psicoanálisis. Y el poema vuelve, ejemplarmente, para decir la pérdida, el viaje y la partida. De esta manera en el texto «Apertura a una poética del cuerpo» que termina la *Fábula mística*, interroga nuestra interioridad y nuestra presencia respecto de nosotros mismos y de los otros. De la experiencia mística, tal vez hoy en día no nos quede más que el *movimiento de partir*, que se ha vuelto más solitario al ser privado de ese *otro* a quien los místicos se dirigían.

Veámoslo:

Es místico todo aquel o aquella que no puede dejar de caminar, y que, con certeza de lo que le falta, sabe que cada lugar y cada objeto *no es eso*, que no puede residir *aquí* y contentarse con *aquello*. El deseo crea un exceso, se excede, pasa y pierde lugares. Obliga a ir más lejos, más allá. No habita en ninguna parte. [...] De este espíritu de superación, seducido por un inaccesible origen o fin llamado Dios, parece que subsiste sobre todo, en la cultura contemporánea, el movimiento de partir sin cesar, como si, al no poder apoyarse más en la creencia en Dios, la experiencia guardara solamente la forma y no el contenido de la mística tradicional. Es, dice un poema de Nelly Sachs: *fortgehen ohne Rückschau*, «partir sin volver atrás». Y René Char: «En poesía, solo se habita el lugar que se deja, solo se crea la obra de la que uno se desprende, solo se obtiene la duración destruyendo el tiempo». Desanclado del *origen* del que habla Hadewijch, el viajero ya no tiene fundamento ni fin. Entregado a un deseo sin nombre, es un barco a la deriva. Y a partir de ese momento el deseo ya no puede hablarle a nadie. Parece que se volvió *infans*, privado de voz,

31 Michel de Certeau: «Mystique et psychanalyse», en *Michel de Certeau, Cahiers pour un temps*, o. cit., pp. 187-188.

más solitario y perdido que antes, o menos protegido y más radical, siempre en busca de un cuerpo o de un lugar poético. Continúa pues caminando, trazándose en silencio, escribiéndose.³²

Michel de Certeau no dejó de escribir acerca de la fuerza de este vínculo hacia un otro ausente, de esa conversación con él, de este amor ofrecido a, a este *tú* que constituye la potencia del poema. Esta fuerza en la declaración a un otro la encontramos en la terapéutica cuando se trata de que otro crea y se dirija al terapeuta para reconstituir los pedazos de su historia. La encontramos en la fuerza de la que tiene necesidad el niño en su relación con los adultos. El psicoanálisis lo ha denominado *transferencia*, pero esta fuerza nos ha sido dada a entender desde hace mucho tiempo, y los místicos no han cesado de escribirla. «Siempre hay otro», decía Michel de Certeau en la entrevista que le hemos realizado cuando apareció su obra acerca de la *fábula mística*. «Siempre hay otro», es lo que decía en cada uno de sus libros y en sus encuentros. Porque hay otro es que hay una relación y que podemos avanzar, evolucionar, crecer y morir. Así lo expresaba:

¿Qué es lo que está en juego en esta poética [de una ética]? El término empleado por estos místicos es *creer*. ¿Y qué es *creer*? Es afirmar una irreductibilidad del Otro; es suponer que hay siempre otro, que uno no acaba nunca con el otro, que lo Otro no deja de venir. ¿Es, sin duda, un principio poético, un postulado de apertura a lo que uno no sabe ni sabrá jamás? Es un principio de comienzo indefinido.³³

No podemos perder esta fuerza de la expresión que se dirige a alguien, esta forma de conversación que hacen la relación y su sorpresa. Hoy en día tal vez la relación humana está en peligro; si se transforma en un procedimiento a seguir, pierde la potencia de una poética que inventa en la singularidad del encuentro. Todos los oficios de la relación están afectados. Quiriendo garantizarse, deseando una seguridad controlada, el procedimiento mata el compromiso en la relación con el otro, instaura una distancia miedosa, mientras que, hasta el presente, un humano crece, aprende, se cura en la relación. Apoyándonos en alguien es que percibimos los sentimientos y la interioridad, sin renunciar a correr riesgos, es que llegamos a superar las dificultades normales de la vida. La relación puede ser de amor y de respeto, y puede ser también destructiva. Michel de Certeau mostró también estos mecanismos.

32 Michel de Certeau: *La fábula mística*, México: Universidad Iberoamericana, 2004, p. 359.

33 Michel de Certeau: Entrevista con Mireille Cifali, «Mystique et psychanalyse», en *Le Bloc-Notes de la psychanalyse*, n°7, Ginebra, 1987, pp. 135-161 (159). Reeditada en «Michel de Certeau, histoire/psychanalyse. Mises à l'épreuve», en *Revue Espaces Temps Les cahiers*, n.º 80-81, pp. 147-155.

CONTRA LA TIRANÍA

«Siempre hay otro...». Michel de Certeau combatió, día tras día, contra la tiranía, contra el poder destructor, contra la indiferencia, la humillación, la tortura, la reducción del hombre a un objeto, su equiparación a la de la «podredumbre». Denunció sus mecanismos, sus procedimientos, sus engranajes.

Escribió dos textos fuertes, que nos hacen pensar sobre esta asimilación del otro a una *podredumbre*. En 1977, el mismo año de la desaparición de Julio Castro, escribió un texto que tendría que haber terminado siendo un artículo publicado en *Le Monde Diplomatique*, pero que no llegó a serlo.

Veamos algunos fragmentos:

La tortura se ha vuelto una «práctica administrativa» habitual en numerosos países, una «rutina», un «medio de gobierno», lo que prueba que no se trata de un fenómeno monstruoso pero retrógrado que ocurre como excepción o regresión en los bordes extremos de la civilización. Ella se extiende por todos lados, no solamente en esos remotos tiempos (los nazis) o espacios (los militares brasileños o chilenos) que nos sirven para exorcizar su proliferante proximidad. Crece al ritmo de la centralización tecnocrática (de la que el ejército no es sino una forma) en vez de constituir simplemente un bolsón de arcaísmo. Pone pues en discusión nuestras certezas ideológicas sobre los valores y sobre el progreso. Muy lejos de ser un hecho ajeno con relación a la civilización contemporánea, el retorno pesadillesco de un pasado supuestamente ya superado no es un mal que se pueda olvidar o extirpar fácilmente como un tumor en la memoria, es un síntoma y un efecto internos de poderes que suponen oscuras violaciones de los cuerpos, a los que falta un lenguaje simbólico y organizaciones «adecuadas» (administrativas, racionales).³⁴

Al preguntarse por nuestra resistencia y nuestro silencio, comprueba que «una sociedad no quiere saberlo y no puede creerlo»:

A esta resistencia del público, ¿es necesario darle otra explicación? Podría ser que, en sus prisiones y en sus campos de detención, los torturados pagan el funcionamiento social que nosotros aprovechamos. Ellos serían su reverso y su condición. A ellos les deberíamos las seguridades y las creencias de nuestros días, si es cierto que, en la noche en que se encuentran, su dolor es para la ley una toma del cuerpo y que su confesión es para el poder un simulacro de credibilidad. Los pocos que vuelven de las prisiones y de los campos son portadores de un mensaje inaudible para nosotros los agraciados, a saber que el orden social del que nos beneficiamos se sostiene por su relación con el crimen.

34 Michel de Certeau: «Corps torturés, paroles capturées», en *Michel de Certeau. Cahiers pour un temps*, o. cit., p. 61.

Y un poco más adelante:

Para reintroducir en el lenguaje a la violencia ejercida sobre el cuerpo individual y social, para «decir la tortura», no alcanza con predicar los valores, describir los horrores o exhibir los programas.

Sería necesario, Michel Deguy lo sugería una vez, que el cuerpo y la lengua fueran ellos mismos «dislocados». El texto debe confesar deuda con la tortura hasta no ser más que la sombra de una simple palabra, frágil comienzo que no es un simulacro, persistencia de un *no* en el interior mismo del sistema corporal la obediencia. Así, de Becket a Genet, la humillación de la lengua se transforma en un teatro de la tortura, su decir.

La historia de los conflictos entre la razón técnica y la violencia del poder está inscrita sobre el cuerpo, objeto y víctima de sus intercambios. Este testamento silencioso es el producto de sus combinaciones. Ese es «el archivo». Incesantemente, el historiador olvida este documento mutilado. Lo exilia fuera de su trabajo archivístico. No sabe citarlo ni presentarlo en el teatro como un testigo. El historiador solo puede escribir sobre papel lo que la historia escribe sobre el cuerpo. En los límites donde se desvanece la aptitud histórica, que ya es política, quisiera al menos leer sobre estos cuerpos la confesión de un sistema. [...]

En la tecnocracia contemporánea, la tortura se sitúa precisamente en la encrucijada de lo que es necesario excluir para que un orden se imponga. Todo su vocabulario lo declara: se trata de eliminar la «suciedad».³⁵

Michel de Certeau muestra pues que los procesos que llevan a la tortura pertenecen a nuestro presente, y no solamente al pasado, tal como lo reconoce el historiador Pierre Vidal-Naquet: «Michel de Certeau había comprendido y expresado infinitamente mejor que lo que yo haya podido nunca hacerlo, la modernidad de la tortura»,³⁶ en tanto el diálogo entre ellos tuvo a menudo a la tortura como *objeto del historiador*.

Podredumbre

Michel de Certeau escribió un artículo que marcó las cabezas en 1977: «La institución de la podredumbre: Luder»,³⁷ uno de cuyos capítulos se titula «De la tortura a la confesión». Al releerlo no dejaba de pensar en las obras de Carlos Liscano, de Valam Chalamov, de

35 *Ibidem*, pp. 62, 64, 66.

36 Pierre Vidal-Naquet: «Lettre», en M. de Certeau: *Cahiers pour un temps*, o. cit., p. 73.

37 Apareció por primera vez en la revista *Action poétique*, n.º 72, 1977, y luego en *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, o. cit.

José Semprun, de Robert Antelme, de Primo Levi sobre los campos de concentración.³⁸ No tenemos palabras, y sin embargo tenemos que comprender por qué caminos una persona se vuelve torturadora. En *El furgón de los locos*, Carlos Liscano habla sobre la diferencia entre el torturador y la víctima.

En este texto sobre la institución y sus perversidades, Michel de Certeau denuncia los mecanismos del poder:

La tortura, en efecto, busca producir la aceptación de un discurso del Estado, por la confesión de una podredumbre. Lo que el verdugo quiere finalmente obtener de su víctima al torturarla es reducirla a solo ser *esa cosa*, una podredumbre, a saber lo que el mismo verdugo es y lo que sabe que es, pero sin confesarlo. La víctima debe ser la *voz* de esta porquería, por todas partes negada, que en todas partes sostiene la *representación* de la «omnipotencia» del régimen, es decir en realidad la «imagen gloriosa» de ellos mismos que este régimen proporciona a sus afiliados por el hecho de reconocerlos. Por lo tanto él debe asumir la posición de sujeto sobre el cual funciona el teatro del poder identificador.

De esta manera el sujeto atrapado por el aparato de la tortura es llevado no delante del valor o el horror de un sistema —terreno sobre el cual él sería fuerte— sino delante de una falla y una podredumbre íntimas —terreno sobre el cual él es débil—. La revelación de su propia porquería, que el suplicio busca producir envileciéndolo, debe retirarle, a él como a sus verdugos y a los otros, todo derecho a la rebelión. Por este giro de situación o por este uso invertido de la palabra (que no pone más en cuestión la institución, sino al sujeto), la maquinaria de la humillación espera hacer aceptar a la víctima el nombre por el cual sus verdugos lo llaman: *Luder*.

Lo que el procedimiento de la confesión tiene de perverso es que, de todas maneras, está seguro de alcanzar lo justo. [...] El torturado está privado de las garantías colectivas que aseguran la «normalidad». Entregado al instrumental que deshace el cuerpo y se ensaña en probarle su traición, su bajeza, su mierda. Él pierde la coartada de las pertenencias políticas, ideológicas o sociales que lo protegían contra lo que el nombre insultante le enseña de sí mismo. ¿Este nombramiento no es, realmente, la voz de lo que es? «Yo soy claramente *esto, Luder?*»³⁹

Michel de Certeau se pregunta cómo sobrevivir a esta designación y habla de una salida.

Esta otra salida se percibe en un movimiento que no es ni de negación ni de perversión. Esta sería algo como: «*Yo solo soy eso, podredumbre, ¿pero qué importa?*»...

38 Robert Antelme: *L'espèce humaine*, Tel, 1999; Varlam Chlamov: *Récits de Kolyma. La nuit y Récits de Kolyma. Quai de l'enfer*, París: Poche, 1985; Primo Lévi: *Si c'est un homme*, Presses Pocket, 1990; Carlos Liscano, o. cit.; Jorge Semprun: *L'écriture ou la vie*, París: Gallimard, 1994.

39 Michel de Certeau: *Historia y psicoanálisis, entre ciencia y ficción*, o. cit., pp. 132-33.

En sus relatos, algunos torturados indican hasta qué grado de desfallecimiento llega su resistencia. Ellos han «aguantado», dicen, por haber soportado (quizás deba decirse: tolerado), el recuerdo de camaradas que no eran «podredumbres»; por haber conservado presente la lucha con la que estaban comprometidos, cuando esta sobrevivía, intacta, a su propio «envilecimiento» y esta no los liberaba de su envilecimiento ni tampoco dependía de él; por haber, en el ruido de los suplicios, escuchado aún un silencio de cóleras humanas y una genealogía de dolores de donde habían nacido y de las cuales sin embargo ellos no podían nada defender ni esperar; o por haber rezado, es decir suponer una alteridad, Dios, del cual ninguna ayuda ni justificación les venía y la cual a ellos no era de ninguna utilidad ni prestaba ningún servicio —lo mismo que un antiguo Rabino señalaba diciendo que orar es «hablar al muro»—. Esta resistencia escapa a los verdugos porque no es nada que se pueda entender y concretizar. Se origina precisamente en lo que escapa al mismo torturado, es lo que existe sin él y le permite escapar de la institución que solo lo hace su hijo adoptivo al reducirlo a *eso*, una podredumbre. Semejante resistencia no reposa sobre *nada* que le pertenezca. Es un *no* preservado en él por lo que él no es.⁴⁰

Es el mismo movimiento de un «yo soy *esto*, pero ¿qué importa?» que cuenta Carlos Liscano en *El lector inconstante*, cuando relata cómo era insultado por un mayor día tras día, hasta que encontró la fórmula última:

Entonces usted es como un perro.

—Sí, señor.

El mayor creyó que más allá no se podía llegar. Me miró con desprecio, con un poco de asco. [...]

Desde entonces, en momentos difíciles, siempre me digo: «Liscano, sos como un perro». Esa frase tiene la virtud de hacerme sentir que todo está más o menos bien, o que todo va a mejorar. Es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, encontrar una salida a mis asuntos miserables. Debo la solución a aquel mayor del ejército que disfrutaba insultándome en la celda. No sé si vive ni cómo se llama. A veces tengo la fantasía de encontrarlo para poder decirle:

—Mayor, yo soy el perro que usted me ayudó a inventar. Se lo agradezco.⁴¹

Al leer estas líneas, no puedo dejar de pensar que hoy en día algunas de nuestras instituciones no cuidan de sí. Las exclusiones, las desvalorizaciones, las humillaciones psíquicas continúan estando presentes. La relación con el otro es en cada momento susceptible de desmoronarse. Ya no se toca el cuerpo, pero se designa al otro en su psiquismo con el nombre de su indignidad o de su raza. Y tal vez en su vulnerabilidad y en su aislamiento ya no tiene los recursos para resistir de los que hablaban Michel de Certeau y Carlos Liscano, sino los de hacerse odiar, los de la destrucción suicida.

40 *Ibidem*, pp. 134-135.

41 Carlos Liscano: *El escritor y el otro*, Montevideo, Planeta, 2011, p. 56.

Durante toda mi carrera traté de hablar de lo que, para los profesores o para las personas de la salud, sucede en la relación con el otro, a fin de que la dignidad de este otro no sea alcanzada, aun si es un peligro para sí y para el mundo, o si no se atiende a las normas. La normatividad engendra discursos de rechazo y de humillación. Grabamos con palabras la destrucción de una vida. ¿Habría una salida para que cada uno de nosotros no ceda a la anulación del otro, a la confrontación mortífera entre un *yo* y un *tú*? Podría ser que esta salida favoreciera *un trabajo de uno sobre sí mismo*, como escribía Michel de Certeau, dando a cada uno el espacio para cuidar de su interioridad. El pasaje por la literatura es una de sus avenidas. Los profesores tienen la pesada responsabilidad de introducir a una cultura de la interioridad, tal vez la sola manera de resistir a las pulsiones destructivas que actúan en una sociedad y en nosotros.

ECOS

Dirigirse a, creer en la escritura, viajar hacia la interioridad...

Leyendo los poemas de Juan Gelman, escuchándolo en la entrevista que concedió a France Culture en enero último, no dejando atrás las obras de Carlos Liscano, volviendo a Borges, leyendo algunos relatos de los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, no podía dejar de establecer lazos entre estos hombres. Con mi lápiz marqué pasajes de sus libros, volví sobre algunos poemas, los dije una y otra vez en voz baja...

Fuerza del lenguaje, chocando contra sus límites, para escribir el dolor, la pérdida, el abandono, la desaparición, la locura, el delirio, el miedo, la angustia, *la inquietante extrañeza*, el exilio, pero también el cuidado, la bondad, el olor de la infancia, las raíces...

Fuerza de ese dirigirse a un *tú*, dolor de la ausencia empujando a escribir en la obsesión, como lo dice Gelman. Escribir como necesidad vital para no dejar que la dignidad se quiebre. Experimentar la ausencia de poder escribir aun el dolor de su cuerpo. Recordar, entreverar las escenas, las edades, para encontrar lo esencial de amistad y del amor. Ternura protegida, aun el horror por que ha atravesado...

No tengo ningún deseo de desatar estos lazos. Estoy segura de que ustedes los han establecido y que han tejido otros: puentes, pasarelas, recuerdos, allí donde yo no puedo ir. Deseaba simplemente subrayar una vez más la fuerza de la escritura que las asocia y designa como nuestra humanidad común.

Luego de escribir esta conferencia el 10 de marzo pasado en Ginebra, durante nuestro viaje de París a Buenos Aires, y de la semana pasada en Uruguay, seguí leyendo, retomé *Funes el memorioso*, abrí un libro de Juan de la Cruz, *Noche oscura*...

Esta conferencia, vuestra invitación, pusieron en movimiento mi pensamiento, en esta alegría que experimentamos cuando a veces podemos salir de donde nos encerramos, alegría de encontrarnos y de conversar, en el reconocimiento de nuestras similitudes y de nuestras diferencias. Muchas gracias.

No quería dejarlos sin leer un poema de Juan Gelman. Intimidada, dudé sin embargo mucho y luego elegí uno que se me impuso:

Comentario XI (Hadewijch)

Juan Gelman

este deseo de soledad con vos/amor
que apresa el alma/amor
que alimenta y devora y extiende el alma/ala
de vos a mí/llevadora
de vos lejos de mí/amor que viene y va
dando dolor de vos/pena de vos/dulzura
que bañás mis pedazos/unidos
en la dicha de vos/donde cantan
como veranos los exilios
de vos/país o fiebre/palitos
revolviendo tristezas y deleites/amor
como un niño con los ojos cerrados
envuelto en su valor/o libre
en la cárcel de vos/bello amor
dando su amor para que amor conozca
por amor el amor